

cualquier preocupado por la hermenéutica, y más aún, para cualquier lector culto.

Fernando Romo Feito
Universidad de Vigo
romo@uvigo.es

Moya del Baño, Francisca

Quevedo y sus ediciones de textos clásicos: las citas grecolatinas y la biblioteca clásica de Quevedo. Murcia: Universidad de Murcia, 2014. 524 pp. (ISBN: 978-84-16038-67-1)

Tenemos entre manos un extenso catálogo que reúne el corpus de autores y obras clásicas citadas por Quevedo en griego y, sobre todo, en latín. Moya del Baño delimita la naturaleza del corpus estudiado, excluyendo, deliberadamente, las numerosas citas bíblicas y patrísticas en latín, así como las muchas traducciones de los clásicos grecolatinos que Quevedo trasladó al castellano; asimismo, excluye, de entre las obras quevedianas, cartas y papeles varios.

El catálogo se organiza en dos apartados; en el primero se agrupan los textos clásicos citados por Quevedo según el orden en que aparecen en sus obras, ordenadas cronológicamente (81-231); en el segundo, esas mismas citas de textos clásicos se agrupan por orden alfabético de auto-

res clásicos (235-402). A esto le sigue un tercer apartado con una hipotética “biblioteca clásica” de Quevedo, subdividido en ediciones específicas de textos citados por Quevedo y obras de las que pudo tomar nuestro autor referencias indirectas (411-503).

Los materiales con los que ha trabajado Moya del Baño son ingeniosos y su ordenación, difícil, por lo que se trata de un libro denso, lleno de noticias, de dificultosa lectura si se hace seguida, y con inevitables repeticiones y redundancias que podrían haberse limado o procesado de forma más económica. Sin embargo, el libro acaba siendo un catálogo de consulta muy útil para los editores de don Francisco y para los interesados en el apasionante estudio de la biblioteca, real e hipotética, de Quevedo.

El libro incluye también una enjundiosa introducción (17-72) en donde la autora va desgranando algunas de las conclusiones a las que ha llegado, en la elaboración de este catálogo, sobre los hábitos de lectura de Quevedo y su conocimiento de los clásicos, conclusiones que son de gran interés para los quevedistas. Entre ellas, destaco las siguientes:

Sobre los hábitos de lectura de Quevedo, Moya del Baño confirma cuestiones que la crítica quevediana ha apuntado (por cierto, le hubieran sido útiles a la autora mis estudios sobre las ediciones consultadas por

Quevedo para su traducción y adiciones a las *Controversias* de Séneca el Viejo, texto que descubrí, estudié y publiqué en sendos artículos de 2000 y 2001; y sobre los ejemplares de Ate-neo que pudo leer Quevedo, cuestion que estudié con detalle en 1999). Por ejemplo, Quevedo consulta varias ediciones distintas de un mismo clásico, subrayando y anotando no solo el texto clásico, sino también las notas y comentarios de las ediciones que maneja. También, cuando cita de segunda mano, Quevedo por lo general va directamente a la fuente, pero otras veces usa polianteas; además, lo cual es más curioso, no siempre cita por el ejemplar que sabemos que poseyó. Aunque no es fácil dar con estos ejemplares concretos con la firma inconfundible de Quevedo, al final Moya del Baño deduce casi siempre la edición por la que pudo citar el madrileño: “Así podemos, desde dentro, contemplar la biblioteca clásica de don Francisco, al saber qué libros tuvo y leyó, ayudando de este modo al conocimiento que, desde otras ópticas, se tiene, y cada vez mayor, de su biblioteca” (47).

Otra conclusión de Moya (48 y ss.) es que Quevedo no suele equivocarse al citar a los clásicos; en ese sentido, la tarea de esta latinista es muy importante para la correcta fijación de los textos quevedianos (véanse, como ejemplo notable, las pp. 48-51 sobre

la lectura *fallax*, no *fascēs*, que hace Quevedo de un texto de Claudiano y que los quevedistas han venido considerando un error). Además, señala la autora, “conocer la procedencia de las citas clásicas de Quevedo permite, en principio, corregir posibles erratas que puedan encontrarse en las ediciones, e incluso en manuscritos” (51) y, aún más importante, determinar si Quevedo se equivoca, de forma inconsciente o no, al citar a los clásicos, lo cual permitirá al estudioso y editor de Quevedo determinar si se debe mantener la lectura errónea, porque eso es lo que quiso escribir Quevedo, o si es un mero descuido de copista o impresor, en cuyo caso se debe restituir la lección correcta (véanse ejemplos en 56-57). Toda esta labor, además de contribuir a la recta fijación de los textos quevedianos, evita, de paso, achacar a Quevedo, de forma anacrónica, lecturas de los clásicos diferentes de las que aparecen en las ediciones de hoy, como habían venido haciendo Urbano de la Calle y otros que “suspendían en clásicas” a su autor, por utilizar la feliz expresión de Claudio Guillén.

Otro apunte interesante de la filóloga en esta introducción es que en las ediciones de Quevedo se deben modernizar las grafías de los textos latinos que cita don Francisco, siguiendo el mismo criterio de modernización de grafías sin valor fonoló-

gico que se emplea para sus textos en español.

Moya del Baño retoma, en fin, la cuestión del paradero de la biblioteca de Quevedo: partiendo del estudio clásico de Maldonado (1975), que publicó el inventario de los libros de Quevedo catalogados tras su muerte, y de los estudios de Martinengo y otros sobre la biblioteca del Monasterio de San Martín, a donde fue a parar parte de la biblioteca quevediana, pero no su totalidad, constata nuestra autora que en algunas de sus citas de los clásicos Quevedo no sigue la edición consignada en los catálogos de la biblioteca de dicho monasterio.

También aborda Moya en un epílogo (505-12) la localización de los ejemplares dispersos de la vasta biblioteca quevediana, verdadero ejercicio de caza mayor entre los quevedistas. A falta de su inconfundible firma en la portada del libro, o de sus no menos inconfundibles anotaciones manuscritas en los márgenes, Moya del Baño advierte de que entre los muchos ejemplares de los clásicos examinados por ella hay algunos que podrían haber pertenecido a Quevedo, “pues en ellos se ven algunas marcas que juzgamos de nuestro autor” (510). Cuáles sean estas marcas es de gran interés para los quevedistas, pero, desgraciadamente, al final se nos deja con la miel en los labios: “estas marcas son de distinta

naturaleza; no podemos aquí dar cuenta de ellas; merecen, a nuestro juicio, una atención y comentario que nos gustaría poder dedicarles” (510). Es una lástima que haya dejado para otra ocasión la explicación de dichas “marcas”, por lo que habrá que estar pendientes de la fructífera labor de Moya del Baño para profundizar en nuestro conocimiento de la “biblioteca quevediana”, cuyos ejemplares, con la firma de Quevedo, siguen saliendo a la luz periódicamente, como demuestra un estudio de Isabel Pérez Cuenca (2015) posterior a este libro. (Uno de esos ejemplares con “marcas” quevedianas es una edición de Virgilio con anotaciones de Quevedo, propiedad de Moya del Baño, mencionado en la p. 398, y al que ya había dedicado la autora un artículo (2013); pues bien, ya que el ejemplar está en manos particulares, hubiera sido deseable incluir fotografías de dichas anotaciones para someter su autenticidad al juicio de otros expertos).

Estamos, pues, ante un apasionante catálogo lleno de noticias y de gran interés para los estudiosos y editores de la obra de Quevedo. Esta sobresaliente contribución al conocimiento de la biblioteca de Quevedo recoge los frutos de una investigación de muchos años por parte de la catedrática de filología latina de la Universidad de Murcia, investigación concluida, según declara en la p.

17, hace más de una década (el libro estaba listo para la imprenta ya en 2003), y de la que ha venido dando noticia continuada en una docena de artículos publicados entre 2005 y 2014.

No me queda más que señalar otro par de lagunas en lo que se sabe de Quevedo que he notado al hilo de mi lectura de este magnífico libro, meros detalles que no empecen la benemérita labor de la estudiosa:

Dice Moya del Baño (182) que *La Perinola* se escribió en 1633, error que procede de la biografía de Jauralde. Quevedo compuso su genial libelo a mediados de 1632, como ya había apuntado Fernández-Guerra en el siglo XIX y tuve ocasión de demostrar en un par de artículos (2004 y 2006).

En otro lugar (485) se pone como ejemplo de la gran influencia de Luciano en Quevedo una mención del elogio de la mosca lucianesco en el poema de Quevedo que comienza “No os espantéis, señora notomía”. Pero quizá no sea ese el lugar más adecuado para calibrar la influencia de Luciano, ya que el poema, como estudié en mi edición de 1997, dirigido a una mujer flaca, es un encomio paradójico en cuyo exordio, siguiendo convenciones poéticas para los poemas de tema ínfimo, se hace un listado de obrillas clásicas de encomio de seres despre-

ciables, siguiendo una tradición que, procedente de Estacio, incorporará a esa lista la mosca lucianesca en obras como el *Moriae Encomium* de Erasmo y, ya convenientemente catalogada, en polianteas como la *Officina* de Ravisio Textor.

Fernando Plata
Colgate University (NY, EE.UU.)
fplata@colgate.edu

Stolova, Natalya I.

Cognitive Linguistics and Lexical Change: Motion Verbs from Latin to Romance. Amsterdam/Philadelphia: John Benjamins, 2015. 261 pp. (ISBN: 978-90-272-4850-3)

El presente estudio de Natalya Stolova tiene un doble objetivo: dilucidar los cambios acontecidos en la categoría de los verbos de movimiento en su paso del latín a las lenguas romances y utilizar la evidencia ofrecida por los datos históricos de la rama neolatina para contribuir al desarrollo tanto de la investigación en la lingüística histórica desde la perspectiva cognitiva como de la propia teoría que sustenta dicha perspectiva. A ese efecto, ha reunido un nutrido corpus textual histórico que cubre desde el latín clásico hasta las lenguas romance actuales. A lo largo del volumen, Stolova bascula entre estos dos propósitos principales